

Albany; Londres, 10 de Enero 1846.

Querido Napier: Muchas gracias por su benevolencia. Estoy apesadumbrado de haber sido la causa de producir tal disgusto á mis amigos. He recibido una carta muy contrita de Macfarlan, ofreciendo hacer todo lo que pueda en este asunto.

El asunto es muy desagradable, pero podía haberlo sido más. Decir de un hombre que tiene talento y virtudes pero falta de juicio y carácter, es un ultraje terrible. Declaro que no tengo escrúpulo en poner esta desgraciada frase (1), suavizándola un poco, en la *Revista de Edimburgo*. Por ejemplo: «No podemos menos de sentir que un hombre tan noble, cuyos talentos y virtud son reconocidos por todo el mundo, pueda haber formado una idea tan alta de sus pretensiones que no haya querido hacer alguna concesión á la opinión de los otros, haciéndoles imposible obrar de concierto con él.» En esto no hay nada que no pueda decirse en la Cámara de los Comunes.

Yo no he dado á conocer las siguientes circunstancias que median en este asunto. Macfarlan, tan pronto como envió á la imprenta mi desdichada carta, me escribió diciéndome que pensaba que me pudiera ser útil su publicación. Le escribí inmediatamente rogándole que no pensase en hacer tal cosa, y me dió como razón la gran estima y admiración que, á despecho de los acontecimientos recientes, yo siento por lord Grey. No sé si podrá hacerse algún buen uso de esto. Yo sentiría profundamente ponerme en malas relaciones con un

(1) Se refiere á la de «pretensiones morales y celos», que figura en la carta.

hombre á quien yo respeto mucho por su valor. Confío en su discreción de usted.

Siempre verdaderamente suyo,

T. B. MACAULAY.

En este periodo de su vida Macaulay era todavía muy feliz; pero llegó tiempo en que recibió sus golpes en lo que se refiere á la vida pública. En Enero de 1845 escribía á Mr. Napier: «Muchas gracias por sus cariñosas frases acerca de la sesión pasada. He sido ciertamente oído con gran atención por la Cámara desde que comencé á hablar; en la dirección que yo tomé no sentía temores. Muchos hombres sinceros creen que allí no debe hacerse política retrospectiva, pero me hallo firmemente convencido de que están en un error, y que medidas mucho mejores de las que debemos á Peel podían darse á trueque de no presenciar la ruina de todas las virtudes públicas, que debe ser la consecuencia de tan inmoral lenidad.»

Ningún auxilio de sus enemigos, no obstante habersele ofrecido lealmente, podía esperar sir Roberto Peel, hasta que pasaran tales apuros. El 26 de Junio de 1846, la ley de francos pasó por la Cámara de los Pares; pero antes que hubiese terminado la noche recibía el gobierno un golpe de gracia en la de los Comunes. Lord Juan Russell era nuevamente llamado para formar ministerio. Macaulay obtenía el puesto que prefería, el más á propósito para no interrumpir sus trabajos históricos, y como pagador general del ejército, marchó á Escocia á trabajar por su reelección. El 9 de Julio escribió á Mr. Trevelyan desde el Hotel Real de Edimburgo: «Llegué aquí la noche an-

terior, hallando revuelta la ciudad. Los disidentes y los partidarios de la Iglesia libre, habían hecho una fuerte oposición, tomando como pretexto el antiguo negocio de Maynooth, y habían enviado por sir Culling Gardley Smith, que ha venido esta mañana. Estamós en la misma fonda en una situación bastante cómica; pero el amo, camareros de ambos sexos y mozos están por mí. No dudo acerca del resultado. Hoy hemos tenido una reunión presidida por el lord Preboste. Cerca de tres mil individuos, principalmente votantes, estuvieron presentes, apiñados en el local. Hablé durante una hora, tan bien, me dijeron ellos, como no he hablado jamás en mi vida, y ciertamente con un efecto considerable; hubo muchos vítores mezclados con algunos silbidos que hicieron callar. Una multitud de manos, una verdadera selva en mi favor, mientras que en el otro bando no llegaban á cincuenta. Me encuentro muy bien y con excelente espíritu. No me conocería usted ahora que está mi sangre inflamada. Y para nada me preocupan ahora los ocios literarios. Estoy como cuando hace doce años libré la batalla con Sadler y Leeds.» Este ardor por la refriega fué de mal augurio para sir Culling Gardley, que no trató de competir con Macaulay, que volvía á Albany en triunfo, no turbado por la alegre contienda.

Se dice de Gibbon, según la más deliciosa de las autobiografías, que jamás tuvo su inteligencia más vigorosa, ni sus composiciones fueron más felices, que en «la precipitación del invierno en la sociedad y en el parlamento». El historiador del imperio romano tuvo en suave estímulo y una saludable distracción en el desempeño de sus funciones como comisionado de Comercio y Plantaciones y en los debates sobre la reforma económica de Burke. De igual modo la rutina

de la oficina de pagos y las obligaciones del Banco de la tesorería en la Cámara de los Comunes, fueron muy beneficiosas á Macaulay mientras se ocupaba de la invasión de Monmouth y la revolución de 1688. El nuevo pagador general encontró que sus obligaciones como tal, eran aún menos pesadas de lo que él había supuesto. Un día de tribunal en Chelsea, refrendando listas de nombres y firmando concesiones de pensiones, exigía únicamente una parte muy moderada de su tiempo y energía; y en el parlamento sus compañeros le trataban con una respetuosa indulgencia de la que él rara vez abusó. Habló tan sólo cinco veces durante toda la legislatura de 1846 y 1847; pero cuando, sobre cualquier asunto, abría sus labios, las calumnias de Hausard aparecían profusamente adornadas con alabanzas retrospectivas ó anticipadas, dispensadas á él. Su propósito de tomar parte en una discusión era anunciado por los recelos de los oradores que diferían de su opinión.

Cuando el bill de las diez horas de trabajo, uno de sus más resueltos opositores, temiendo el efecto que produciría sobre la Cámara una disertación de Macaulay en favor de los actos de las factorías, imploraba humorísticamente misericordia á la ira de «su amigo altamente honorable, bajo cuya demoledora elocuencia el mundo, sin que quepa dudarlo, sería instantáneamente extinguido (1)». En otra ocasión fué inesperadamente llamado para responder de una carta en

(1) El 8 de Octubre de 1853 decía Macaulay con la franqueza de un hombre que habla acerca de sus propias obras sin el temor de ser desoído: «Yo hablé acerca de las factorías, pero hice poco. Me gusta pasmosamente echar discursos; casi creo que es lo que más me gusta.»

De todos modos, mostró una mina inagotable á aquellos que, desde los tiempos de Macaulay, han argüido en defensa

que había expresado una opinión acerca de la conveniencia de conceder un perdón á los jefes del Welth Chartista. Cuando la cámara hubo oído sus explicaciones (en las que contribuyó á deshacer una alusión al juez Jeffreys y al Bloody Assize, reminiscencia probablemente de sus estudios de por la mañana) mister Disraeli expresó con bastante oportunidad el sentimiento general del auditorio. «Es siempre, para mí

de los actos de las factorías. Hizo buen uso de la comparación con el domingo para defender el principio de que la ley debe regular las horas del trabajo. El hombre, es el gran instrumento que produce fuerza. La diferencia natural entre la Compañía y el Spitzberg es insignificante cuando se compara con la que existe entre una comarca habitada por hombres llenos de vigor corporal y mental y otra que lo está por hombres sumidos en decrepitud física é intelectual. Aquel es un país donde no hay pobres sino ricos, á causa de que, durante muchas generaciones, descansan un día de los siete de la semana. Aquel día no es perdido. Mientras la industria está suspendida, mientras el arado yace en el surco, mientras el cambio permanece silencioso, mientras no sale el humo de la factoría, se realiza un proceso tan importante para la fuerza de las naciones como el que se lleva á cabo en los días más ocupados. El hombre, la máquina de las máquinas, la máquina con la cual, comparadas todas las invenciones de los walts y los arkwrights no tienen valor alguno, está reparándose y fortaleciéndose, para volver el lunes á sus trabajos, con la inteligencia más clara, con ánimo más vivo, con vigor corporal renovado. Jamás creeré que aquello que hace una población fuerte y sana y sabia y mejor, pueden, en último resultado, hacerla pobre. Queréis asustarnos diciéndonos que en algunas factorías alemanas, el joven trabaja diez y siete horas de las veinticuatro; que allí el trabajo es tan duro que de entre mil no hay uno que alcance estatura suficiente para ser admitido en el ejército, y decís que si se aprueba este bill, nosotros mismos nos colocamos por bajo de nuestros competidores. Señor, yo me río de semejante competencia. Si en cualquier tiempo nos viésemos obligados á entregar el primer lugar entre las naciones comerciales, queremos dárselo no á una raza de enanos degenerados, sino á algún pueblo que sea en el más alto grado vigoroso de cuerpo y espíritu.

al menos, y creo que también para la Cámara, tan agradable escuchar al muy honorable señor en cualquier circunstancia, que debemos todos agradecerle que esta noche haya creído necesario vindicarse de su celebrada epístola.

En Octubre de 1846, Macaulay escribió á una de sus hermanas: «He recibido de la vieja mistress la carta sino desagradable por muchos conceptos, que he leído jamás en mi vida. No puedo daros una idea de ella sino transcribiéndola y es demasiado larga para hacerlo. Sin embargo, copiaré el principio: «Mi querido amigo: Muchos años han pasado desde que mi venerado marido y vuestro padre paseaban juntos como amigos cristianos, y desde que yo participé del suave placer de una estrecha amistad con vuestros padres. Después de una gran cantidad de frases más acerca de varias gentes veneradas y lastimadas, llega al objeto real de su epístola, que es á pedir tres mantenimientos y un obispado. Estoy muy acostumbrado á pedigueños oportunos y nada razonables; pero confieso que la imprudencia de esta vieja, es superior á mis fuerzas. Para recomendar mejor todavía sus muchachos me asegura que uno de ellos ha sido teniente cura de aquel bendito hombre de Mr. Close. Muestra su gran moderación diciendo que para su hijo Jacobo aceptará aunque sea una pensión de quinientas libras al año, y otra prueba de la misma cualidad es que antes de pedir el obispado, tiene la gracia de decir: Yo estoy ahora trabajando para estar luego bien cuidada. Realmente la comedia de la vida actual está por encima de toda otra comedia.»

La repugnancia que este diluvio de importunidades^s levantó en el ánimo de Macaulay no fué agravada por preocupación alguna en favor de las doctrinas

opuestas al Evangelio. Esto está claramente probado, si prueba fuese necesaria, por el último párrafo de una carta que se refiere al negocio de más cuantía que cayó entre sus manos en el desempeño de la pagaduría general del ejército.

Querido Ellis: Dispongo en este momento de un puesto regularmente aceptable, la capellanía del hospital de Chelsea; casa elegante, luz, carbón y trescientas libras al año. Puede ser una colocación excelente y muy agradable para un literato; pero ha de ser quien trate de ocuparla á la vez un hombre de piedad y creencias, porque estando el hospital lleno de viejos soldados que se han batido, su obligación, aunque no muy onerosa, consiste principalmente en atender enfermos, y no quiero por consideración de ningún género asignar semejante deber á una persona que pueda disgustar aquellas gentes con su superficialidad. ¿Habr  alguno entre los jovenes compañeros de la Trinidad que quiera aceptar? Yo no hago esto una necesidad política y nada me inducir  a tomar un Puseysta.

Vuestro muy verdaderamente,

T. B. MACAULAY.

En el Parlamento, en sociedad y en los círculos políticos y literarios de todo el país, Macaulay gozaba ya del respeto general y buena voluntad que corresponden a un hombre que ha hecho grandes cosas, y de quien se esperan todav  algunas otras mayores. Pero había una ciudad en el reino donde había dejado de ser popular, y desgraciadamente esta ciudad era Edimburgo.

Macaulay hubiera tenido más de whig y cristia-

no si en su organización entrasen más los elementos de un hombre de mundo que los de un hombre de estudio. Necesitaba indudablemente mayor actividad en su modo de desempeñar los negocios ordinarios que tocan en lote a un miembro del Parlamento. La verdad es, escribe lord Cockburn en Julio de 1846, que Macaulay, con todas sus altas cualidades reconocidas, talento, elocuencia y valer, no es popular. Cuida más de su historia que de los negocios de sus electores y responde sus cartas con irregularidad y brevedad tenidas por desdeñosas; y por encima de todos los defectos, padece cruelmente del vicio de hablar demasiado, y por consecuencia, de escucuchar poco. Fué una vez cierta comisión de Edimburgo (Londres) a ilustrar a su representante en ciertas cuestiones. Todos los que la componian estaban bien enterados de su asunto y el que llevaba la voz cantante era un político perfectamente penetrado de su comisión, que llevaba bien estudiada, y que tenía ansia por desempeñarla; pero en lugar de ser escuchados ellos, no tan pronto entraron en la cámara de la Audiencia, cuando se encontraron dominados y envueltos por la inquieta habilidad de su elocuente representante, quien además de equivocarse hablando en lugar de escuchar, tuvo el poco delicado candor de no declarar siquiera que se había hecho cargo de la importancia del negocio de la comisión.

Macaulay tenía ideas muy exageradas y aun forzadas, según algunos sostienen, sobre la actitud que un representante debe tomar en sus relaciones pecuniaras con los electores que le habian enviado al Parlamento. Aunque era uno de los hombres más generosos que no conocía placer semejante al de dar, perdonando a sus deudores con una facilidad indistinta  

incauta, se inclinaba cuando se trataba de Edimburgo, á dejarse llamar tacaño para que no pudiese siquiera llegar á sospechar su propia conciencia que en el asunto se mezclaba algo de corrupción.

Londres, 14 de Julio de 1841.

Mi querido Mr. Black: Estoy muy agradecido por aquello que usted dice acerca de la copa de la raza. Yo había ya escrito á Craig diciéndole que no debía consentir, y estoy muy alegre de que mi determinación haya merecido la aprobación de usted. En primer lugar no tengo idea clara de que el objeto sea bueno. Después veo evidentemente que dando dinero para tal objeto en relación con lo que se pide, cambio completamente el carácter de mis relaciones con Edimburgo. Ha sido bastante frecuente en las familias ricas tener un pretexto para dominar la corrompida villa costeando á sus expensas diversiones públicas. Unas veces era una partida de pelota, otras veces una regata. La familia Derby se valía de las carreras de Preston. Los representantes por Beverley, enviaban un toro para cebar á sus electores. Pero no son estas las condiciones en que quiero representar á Edimburgo. A cambio de la generosa confianza de usted le ofrezco servicios parlamentarios y nada más. Estoy deseando contribuir más bien más que menos para poder ahorrar á usted nuevas caridades inútiles. Pero aun esto yo no lo considero como materia de contrato. Ni puedo yo creer que el consejo de la ciudad crea propio llamarme á contribuir para un hospital ó para una escuela. Pero la petición que ahora se hace es tan discutible, que debo llanamente decir, que quiero to-

mar más bien el Cheltern Hundrees que cumplir sus deseos.

Yo sentiría esto si fuese un hombre rico. Pero no lo soy; tengo exclusivamente los medios de vivir confortablemente según mis principios, y todavía estoy dispuesto á ahorrar alguna cosa para el fin común de nuestro partido y algo para los apuros. Pero no tengo nada para alegrías superfluas que pueden considerarse sencillas. Si nuestros amigos necesitan un miembro que se halle en todas las diversiones públicas, pueden ocuparse de buscarlo sin pérdida de tiempo. Conozco más de veinte individuos que si ustedes le eligen para el parlamento querrán divertir á ustedes con carreras y partidos de pelota una vez al mes. Pero no me convenceré fácilmente sino viéndolo de que Edimburgo esté dispuesto á elegir sus representantes sobre tales principios.

Siempre verdaderamente suyo,

T. B. MACAULAY.

Estaba tan libre Macaulay de algunas faltas tan comunes en los literatos, que muchas de aquellas personas á quienes preguntaba acerca del empleo de su tiempo y sus trabajos, olvidaban que, después de todo, él era un verdadero literato. En los años de su juventud amaba el bullicio de las muchedumbres, consistiendo su mayor entretenimiento en la compañía de los extranjeros, pero conforme vinieron los años—como su espíritu perdió su vivacidad y su salud constituía su alegría y mayor cuidado—estaba cada vez más y más dispuesto á huir del público. Insaciable en el trabajo, miraba el más próximo, y todavía más el proyectado para más adelante con una exagerada in-